

194315

F1230
.P7118
1844
v.2

HISTORIA
DE LA
CONQUISTA DE MEXICO

EN LA CIVILIZACION DE LOS ANTIGUOS MEXICANOS
Y LA VIDA DEL DESCUBRIDOR
HENRICO CORTES

Esta obra es propiedad del editor VICENTE G. TORRES.

FOR D. JOSE MARIA GONZALEZ DE LA VEGA

FOR D. JUAN ALANIZ



FONDO DE HISTORIA

TOMO II

MEXICO
IMPRESA DE V. G. TORRES CALLE DEL
1881

LIBRO QUINTO.
EXPULSION DE MEXICO.

R Espinoza 30/05/08

LIBRO QUINTO
EXECCION DE M. H. C.





Cofre de Perote.

LIBRO V.
EXPULSION DE MÉJICO.

CAPITULO I.

VALEROSO ATAQUE A LOS CUARTELES ESPAÑOLES.—FUROR DE LOS MEJICANOS.—SALIDA DE LOS ESPAÑOLES.—HABLA MONTEZUMA AL PUEBLO.—ES HERIDO MORTALMENTE.

1520.

El palacio de Axayacatl que ocupaban los españoles era, como recordará el lector, un conjunto irregular de edificios de piedra de un solo piso, excepto en el centro donde se levantaba otro, compuesto de una serie de habitaciones que se elevaban como pequeñas torres en la parte principal del alcázar. Extendíase alrededor un grande atrio cercado de un muro de piedra no de mucha altura, y defendido por torres ó baluartes colocados á ciertas distancias, lo que le daba cierto grado de fuerza, no tanta como la de las fortificaciones europeas, pero suficiente para resistir á las rudas máquinas de batir usadas por los indios. Habíase oradado la muralla en varios puntos para colocar la artillería compuesta de trece cañones, é hicieronse aberturas mas pequeñas en otras partes para comodidad de los arcabuceros. Las fuerzas españolas pudieron alojarse dentro del grande edificio; mas el numeroso cuerpo de auxiliares tlascaltecas, no tenía otro abrigo, que el que le proporcionaban las barracas ó tiendas construidas de pronto para este efecto en el espacioso atrio. Los mas de ellos probablemente vivaqueaban á cielo raso, en un clima mas benigno que aquel á que estaban acostumbrados entre las ásperas rocas de su pais natal. Alojado así todo el ejército en un pequeño y cercado espacio, podía reunirse momentáneamente; y como el comandante español cuidaba de que se observase la mas estricta disciplina y vigilancia, casi no era posible que se le sorprendiera. Por lo mismo, no bien llamó el sonido del clarín á las armas anunciando la venida del enemigo, cuando cada soldado estaba en su puesto, la caballería montada, los artilleros al pié del cañon, y los archeros y arcabuceros colocados de modo que hicieran un recibimiento terrible á los asaltantes.

Vinieron estos divididos en compañías ó masas irregulares, avanzando cada una en espesas columnas, desplegando muchos y vistosos pendones, y reflejando brillantes rayos de luz, al moverse en su desarreglado órden de batalla, los yelmos, flechas y lanzas. Al llegar cerca de la muralla, prorrumpieron los aztecas en el odioso y penetrante grito de guerra, usado por las naciones del Anáhuac, que se hacia escuchar sobre el sonido de los tam-

bores y atabales, y de los otros instrumentos de música marcial, arrojando en seguida una tempestad de piedras, dardos y flechas, que caían como lluvia sobre los sitiados, al paso que la misma multitud de proyectiles se disparaba de las azoteas inmediatas (1).

Aguardaron los españoles, á que hubiese llegado la primera columna á una distancia conveniente para hacer fuego con provecho; y entonces una descarga general de artillería arrasó las filas de los asaltantes, y los arrojó en tierra por centenares (2). Los mejicanos estaban familiarizados con el estruendo de estas formidables armas, pues habían sido descargadas sin que hicieran daño, en algunas festividades; pero hasta entonces habían presenciado su poder mortífero. Por un momento se detuvieron espantados, y con miradas salvajes vacilaron al ver los estragos del fuego (3); pero pronto se volvieron á unir estos intrépidos bárbaros, y dando un grito penetrante, avanzaron sobre los mutilados cuerpos de sus camaradas. Una segunda y tercera descarga contuvo su marcha y los puso en desorden; mas volvieron á atacar disparando nubes de flechas, entre tanto que sus compañeros desde las azoteas de las casas, podían dirigir mejor su puntería contra los combatientes que se hallaban en el atrio. Eran los mejicanos singularmente expertos en el uso de la honda (4), y las piedras que desde sus elevadas posiciones arrojaban sobre las cabezas de sus enemigos, hacían mayor estrago que las flechas. Librábanse de ellas los caballeros cuyo cuerpo estaba defendido con la cota de maya, y los que lo llevaban cubierto con la armadura de algodón ó *escaupil*; pero algunos de los soldados, especialmente los veteranos de Cortés y muchos de los indios aliados poca defensa tenían, y sufrían mucho de esta tempestad de piedras.

(1) „Eran tantas las piedras, que nos echaban con hondas dentro en la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía; é las flechas, y tiraderas eran tantas, que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas.” (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 134.) No debe admirar que encontraran alguna dificultad en andar sobre las flechas, si es cierta la asercion de Herrera, de que todos los días recogían y quemaban los sitiados una cantidad bastante para cargar cuarenta carros. Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9.

(2) „Luego sin tardanza se juntaron los mexicanos, en gran copia, puestos á punto de guerra, que no parecía, sino que habían salido debajo de tierra todos juntos, y comenzaron luego á dar gritos y pelear, y los españoles les comenzaron á responder de dentro con toda la artillería que de nuevo habían traído, y con toda la gente que de nuevo había venido, y los españoles hicieron gran destrozo en los indios, con la artillería, arcabuzes, y ballestas y todo el otro artificio de pelear.” (Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.) Muy elocuente es el buen eclesiástico en la descripción de la batalla.

(3) Presentaba el enemigo, dice Gomara, un flanco tan fácil, que los artilleros cargaban y hacían fuego sin el trabajo de apuntar. „Tan recio, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros.” Crónica, cap. 106.

(4) „Hondas, que eran la mas fuerte arma de pelea que los mejicanos tenían.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

Entre tanto habían avanzado los aztecas hasta el pié de los muros del palacio, no obstante que sus filas eran rotas y desordenadas, y sus miembros mutilados por el no interrumpido fuego de los cristianos; pero ellos acometían de nuevo á la misma boca de los cañones. Procuraban escalar los parapetos, lo que no era muy dificultoso en razón de su moderada altura; mas luego que asomaban la cabeza sobre el terraplen, eran muertos por los certeros tiros de los españoles, ó tendidos en tierra por el *maguahuilt* tlascalteca. No los desanimaba esto: pronto aparecían otros á llenar el lugar de los heridos, y se esforzaban en salvar la muralla levantándose sobre los encorvados cuerpos de sus agonizantes camaradas, ó fijando sus lanzas en las hendeduras de la misma muralla; una y otra tentativas resultaron igualmente vanas.

Derrotados aquí, probaron abrir una brecha en los parapetos batiéndolos con pesadas piezas de madera. No estaban aquellos contruidos científicamente de manera que una parte dominara y protegiera á la otra, por lo que operaban los sitiadores á su placer, siendo muy poco molestados por la guarnición, que no podía colocar sus cañones de manera que jugaran sobre ellos, ni subir á una parte de sus fortificaciones para defenderse, sin exponer sus personas á los tiros de todo el ejército enemigo. Con todo, vióse que eran las murallas demasiado fuertes para los esfuerzos de los asaltantes. En su desesperación intentaron poner fuego á los cuarteles españoles arrojando mechas encendidas, y escalando lo bastante para lanzar sus incendiarias teas por entre las troneras. El edificio principal era de piedra; pero su parte exterior, y los otros levantados provisionalmente para los indios aliados eran de madera. Varios de estos se incendiaron, y rápidamente se comunicó el fuego á los ligeros y combustibles materiales; desastre para el que en manera alguna estaban preparados los sitiados. Teniendo poca agua, apenas la necesaria para su uso, procuraron en vano apagar el fuego con montones de tierra. Por fortuna, el edificio principal era, como se ha dicho, de materiales que desafiaban al destructor elemento; pero creció el fuego en algunas de las obras exteriores unidas al parapeto con tal furia, que solo pudo contenerse destruyendo una parte de la muralla, y abriendo así una formidable brecha, que inmediatamente mandó el general defender con una batería de calibre, y una fila de arcabuceros que por la abertura hacían un fuego incesante sobre los sitiadores (5).

Peleábase con furor por ambas partes: levantábase de los muros del palacio una nube constante de llamas y humo; y los gemidos de los heridos y moribundos, se perdían en los feroces gritos de los combatientes, en el estruendo de la artillería, en el estallido de la fusilería, y en el silbido de las armas in-

(5) „En la fortaleza daban tan recio combate, que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte de ella, sin la poder remediar, hasta que la atajamos, cortando las paredes, y derrocando un pedazo que mató el fuego. E si no fuera por la mucha guarda, que allí puse de escopeteros, y ballesteros, y otros tiros de pólvora, nos entrarán á escala vista, sin los poder resistir.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 134.

días. Era el conflicto del europeo con el americano, del hombre civilizado con el salvaje, de la ciencia del uno con las toscas armas y disciplina militar del otro; y sacudiéndose los antiguos muros de Tenochtitlan al trueno del cañon, anunciaban que el destructor hombre blanco habia fijado en ella su planta (6).

Al fin llegó la noche, y extendió su amistoso manto sobre los combatientes. Pocas veces peleaba el azteca de noche; pero poco reposo trajo esta á los españoles que á cada hora esperaban un nuevo ataque, y que hallaron bastantes ocupacion en cerrar las brechas abiertas en las fortificaciones y en reparar sus rotas armaduras. Tendiéronse sobre sus armas las huestes sitiadoras, dando señales de su presencia con arrojar de cuando en cuando una flecha ó piedra sobre los parapetos, ó con el solitario grito insultante, de algun guerrero mas determinado que el resto, hasta que todo otro sonido se perdió en los vagos y confusos ruidos que se escuchan en el aire cerca de una grande reunion de hombres.

Parece que Cortés estaba poco preparado para la ferocidad mostrada por los aztecas. Su pasada experiencia, y su no interrumpida carrera de victoria con una fuerza mucho mas inferior le habian hecho menospreciar la ciencia militar, si no el valor de los indios, al mismo tiempo que la aparente facilidad con que habian sufrido los ultrajes hechos á su soberano y á ellos mismos, le habian hecho tener en poco su intrepidez. No podia creer que el ataque que entonces se intentaba fuera mas que una exaltacion pasajera del populacho, que pronto se disiparia por su mismo furor; y el dia siguiente propuso hacer una salida con el objeto de castigar á sus enemigos de una manera que les hiciera entrar en reflexion, y saber quien era el Señor en la capital.

Con los primeros destellos de luz levantáronse los españoles y pusieron sobre las armas; pero no lo hicieron antes de que sus enemigos hubiesen dado muestras de hostilidad con una nube de flechas y otros proyectiles que de cuando en cuando dirigian al atrio del edificio. Al paso que se aumentaba la luz de la mañana, hacia ver que lejos de disminuirse el ejército sitiador, ocupaba la plaza principal y calles inmediatas en mayor número que la tarde anterior. No tenia ya la apariencia de un populacho desordenado, sino el de un ejército regular, distribuido en batallones bajo su respectiva bandera, cuyas insignias manifestaban que habian contribuido á formarlos las principales ciudades y distritos del valle. Sobresalia entre todos el antiguo estandarte de Méjico con su bien conocida divisa, de la águila sobre un nopal bordada en un rico manto de plumaje; y veíase á los sacerdotes mezclarse en las filas de los sitiadores, animándolos con frenéticos gestos á vengar á sus ultrajadas divinidades.

(6) Ibid., ubi supra.—Gomara Crónica, cap. 106.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.—Gonzalo de las Casas, defensa, MS., parte 1, cap. 26.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.

Poco vestido llevaba la mayor parte de los enemigos, excepto el *maxtlatl* que ceñia su cintura. Iban armados de diversa manera: unos con largas lanzas cuyas puntas eran de cobre ó de pedernal, y algunas aguzadas solamente y endurecidas al fuego: otros iban provistos de hondas; y algunos de dardos de dos ó tres puntas, sujetadas á ellos unas largas correas, con las cuales despues de haberlos arrojado, podian sacarlos del cuerpo de los heridos. Era esta una arma formidable, muy temida de los españoles. Los guerreros de la clase superior, empuñaban el terrible *maquahuitl* con sus afiladas y quebradizas puntas de obsidiana, distinguiéndose entre sus confusas filas, muchos cuyos brillantes vestidos y aire de autoridad, daban á conocer ser personas de una gran importancia militar. Unas láminas de metal defendian sus pechos, y sobre ellas caia el vistoso manto de plumaje. Llevaban cascos, cuya forma era parecida á la cabeza de algun animal feroz, cubiertos de erizado cabello ó sombreados por grandes y graciosas plumas de varios y brillantes colores. Algunos iban adornados con una cinta encarnada que ataba su cabello, del cual pendian unas borlas de algodón, cuyo número denotaba el de las victorias que habian ganado, y su elevado rango. Esta mezcla tan disímula claramente manifestaba que el sacerdote, el guerrero y el ciudadano, se habian unido para contribuir á la insurreccion.

Antes de que el sol hiriera con sus rayos los cuarteles castellanos se puso el enemigo en movimiento, preparándose sin duda á renovar el ataque del dia anterior; pero el comandante español determinó anticipárseles haciendo una vigorosa salida, para la cual tenia hechos los preparativos necesarios. Una descarga general de artillería y fusilería llevó la muerte por las filas enemigas, y antes de que tuvieran tiempo para recobrase de su confusion abriéronse las puertas, y saliendo Cortés á la cabeza de la caballería sostenido por un cuerpo considerable de infantería y varios miles de tlascaltecas, se dirigió sobre aquellas á rienda suelta. Tomando así por sorpresa á los mejicanos, casi no les fué posible oponer mucha resistencia. Los que lo hacian eran atropellados por los caballos, heridos de muerte con las anchas espadas ó pasados de parte á parte con las lanzas de la caballería. Siguió la infantería la carga, y por aquel momento fué general la derrota.

Pero solo huyeron los aztecas para refugiarse tras de una barricada ó fortificacion de madera y tierra que habian levantado en la gran calle por donde eran perseguidos. Reuniéndose al otro lado de ella, hicieron una valerosa resistencia, disparando á su vez una lluvia de sus armas arrojadas sobre los españoles, que saludados al mismo tiempo de las azoteas de las casas con una tempestad de las mismas armas, interrumpieron su marcha y fueron puestos en algun desorden (7).

Entonces mandó Cortés acercar unas cuantas piezas de grueso calibre que pronto echaron por tierra las barricadas y abrieron paso al ejército; pero habian ya perdido la ventaja adquirida con el rápido avance. Tuvo tiempo el enemigo de reunirse y hacer frente á los españoles en términos mas iguales, y al

(7) Carta del ejército, MS.

paso que avanzaban, eran tambien atacados de flanco por nuevas tropas que salian de las calles y callejuelas inmediatas. Los canales estaban cubiertos de botes llenos de guerreros, que con sus formidables dardos buscaban cualquiera abertura ó lugar débil en las armaduras, y hacian una gran matanza en los desnudos tlascaltecas. Despues de repetidas y vigorosas cargas lograron los españoles ahuyentar á los indios, aunque muchos con una desesperacion, que mostraba preferian la venganza á la vida, creian impedir los movimientos de los caballos abrazándose de sus piernas, ó con mejor suceso probaban sacar de la silla á los ginetes; y ¡ay! del caballero que era desmontado, ó se le inmolaba con el brutal *maquahuill*, ó era conducido en una canoa al sangriento altar del sacrificio.

Pero el mayor estrago que sufrían los españoles, érales causado por los proyectiles que venian de las azoteas, de las cuales arrojaban tambien grandes piedras con tal fuerza, que tendian en la tierra al mas esforzado jinete. Hostilizados hasta el extremo por estas descargas contra las cuales aun los escudos no proporcionaban bastante proteccion, mandó Cortés poner fuego á los edificios, lo que no presentó mucha dificultad, pues aunque en lo general eran de piedra contenian porcion de esteras, cañas y otros materiales combustibles que pronto se convirtieron en llamas; pero estaban separadas las casas unas de otras por canales y puentes levadizos, de manera que las llamas no podian comunicarse á las contiguas. De aquí fué que se aumentó incalculablemente el trabajo de los españoles, y sus progresos en la obra de destruccion, por fortuna de la ciudad, fueron lentos comparativamente hablando (8). Sin embargo, no desmayaron en sus esfuerzos hasta que se hubieron consumido algunos centenares de casas; y los terribles efectos de una conflagracion, en la que perecieron tanto los infortunados habitantes de los edificios, como los que los defendian, se agregaron á los otros horrores de la guerra.

Estaba el día muy avanzado, y los españoles habian quedado victoriosos en todas partes; pero el enemigo, aunque rechazado en todos los puntos, conservaba todavia el campo. Cuando era desconcertado por las furiosas cargas de la caballería retirábase á los parapetos provisionales que en varias calles habia levantado, y haciendo frente renovaba la lucha con el mismo valor, hasta que destruidos aquellos por el cañon español, quedaba libre el paso para los movimientos de la caballería. Era pues el combate una sucesion de ataques y retiradas en que ambas partes sufrían mucho, aunque la pérdida de los indios era probablemente diez veces mayor que la de los españoles; pero los aztecas po-

(8) „Están todas en el agua, y de casa á casa una puente levadiza, passalla á nado, era cosa muy peligrosa; porque desde las azoteas tiraban tanta piedra, y cantos, que era cosa perdida ponernos en ello. Y demas desto, en algunas casas que les poniamos fuego, tardaba una casa é se quemar un dia entero, y no se podia pegar fuego de una casa á otra; lo uno, por estar apartadas la una de otra el agua en medio; y lo otro, por ser de azuteas.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.

dian resistir mejor la pérdida de cien vidas, que sus antagonistas la de una; y mientras los españoles presentaban un orden de batalla interrumpido y patentemente disminuido, el número del ejército mejicano aumentado por los refuerzos que recibia de las calles inmediatas, sin embargo de sus pérdidas no daba señales de minorarse. Al fin, cansado de la carnicería y exhausto de hambre y de fatiga, reunió el comandante español á sus soldados y tocó retirada (9).

Al volver á sus cuarteles, vió en una de las calles inmediatas á su amigo Dueño desmontado y empeñado en una terrible lucha con un cuerpo de mejicanos de quienes se defendia desesperadamente con su puñal. Luego que le distinguió hizo alto, lanzó su grito de guerra, y arrojándose en medio de los enemigos los dispersó como paja. Despues, recobrado el caballo de su amigo, dióle tiempo para que montara, y picando los dos caballeros sus corceles se abrieron paso por entre el enemigo y se reunieron al resto del ejército (10). Tales rasgos de generoso valor no eran poco comunes en estos encuentros, que ofrecian mas aventuras personales que las batallas con antagonistas mejor instruidos en la ciencia de la guerra. La caballerosa conducta del general fué imitada por Sandoval, Velazquez de Leon, Olid, Alvarado, Ordaz y sus otros bravos compañeros, que á ejemplo de su caudillo ganaron la gloria que les preparó el camino para el mando independiente que despues obtuvieron y que puso á su disposicion provincias y reinos.

Cargaron los intrépidos aztecas sobre sus enemigos ya en retirada, molestándolos á cada paso con nuevas descargas de piedras y flechas; y cuando hubieron entrado los españoles á su fortaleza, acampó el ejército indio á su rededor, mostrando la misma terrible resolucion que la tarde anterior. Aunque fieles á su antigua costumbre de suspender en la noche las hostilidades, interrumpieron no obstante el silencio de ésta con gritos insultantes y amenazadores, que llegaban á oídos de los sitiados. „Por fin,” decian, „os han puesto los dioses en nuestras manos; mucho tiempo hace ha clamado Huitzilopotchli por sus víctimas. Pronto está la piedra del sacrificio y los cuchillos afilados: los animales feroces del palacio rugen por su presa; y las cárceles,” agregaban burlándose de la hambre que sufrían los tlascaltecas, „están esperando á los falsos hijos del Anáhuac que

(9) Peleaban los mejicanos con tal ferocidad, dice Diaz, que si hubiéramos tenido aquel día la ayuda de diez mil Héctores ú otros tantos Orlandos, no hubiéramos hecho en ellos impresion alguna. Varios de nuestros soldados, agrega, habian servido en las guerras de Italia; pero ni allí, ni en los combates con el turco, habian visto cosa semejante á la desesperacion que mostraban los indios. Hist. de la conquista cap. 126.

Sobre el contenido de las últimas páginas, puede verse tambien á Cortés. Rel. seg. en Lorenzana, p. 135.—Ixtililxochitl, Relaciones, MS.—Probanza á pedimento de Juan de Lexalde, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Gomara, Crónica, cap. 196.

(10) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9.—Torquemada, Monarquía, lib. 4, cap. 69.